

áreas de la economía (como se anota en la p. 14). La propiedad de haciendas es particularmente notoria, por lo menos en el caso de los industriales del CIMP. Desde esa perspectiva, sería importante estudiar al grupo en su dimensión de propietario agrícola y frente a aquellos movimientos que, como el zapatismo, pudieron generarle incertidumbre o temor (incidiendo con ello en su capacidad productiva), aunque nunca llegaran como el maderismo, huertismo o carrancismo a ejercer el poder desde el Estado.

Para el lector interesado en conocer el comportamiento de los empresarios textiles frente al incipiente Estado posrevolucionario, el libro de Ramírez Rancaño ofrece un primer acercamiento a esa problemática. El camino que él ha abierto, invita a ser recorrido por nuevas investigaciones que, mediante la incursión en otras fuentes y otros aspectos, sigan reconstruyendo la historia de los industriales del México de principios de siglo.

*Carlos Gutiérrez Álvarez*

Tamayo, Jaime, *En el interinato de Adolfo de la Huerta y el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924)*, en *La clase obrera en la historia de México*, México, Ed. Siglo XXI-INS-UNAM, 1987.

El período 1920-1924 es, sin lugar a dudas, uno de los más intensos que en materia social y política haya vivido nuestro país, tanto por su insegura situación internacional, como y muy especialmente por los problemas internos resultantes, por una parte, de la herencia porfirista —que no había podido ser desplazada sino *de jure* y que continuaba fuertemente arraigada en las formas reales de explotación del proletariado de la ciudad y el campo— y, por otra, de una década convulsa y evidentemente titubeante, en que ninguna de las facciones revolucionarias había conseguido imponer aún su proyecto de Estado de manera perdurable.

El movimiento revolucionario se enfrentó al reto de consolidar los logros de las recientes luchas, a la necesidad de no tolerar que fuesen desvirtuados por la intervención de grupos nacionales y extranjeros afectados y a la urgencia de organizar sus propias bases sociales para poder sostener no sólo las conquistas, sino también la ideología sustentada.

En 1920, con el triunfo de la rebelión de Agua Prieta, alcanza el poder un grupo que habría de establecer, en breve, las bases del moderno Estado mexicano, bases que se constituyeron mediante una política de conciliación de intereses de las diversas clases sociales que posibilitaba el fortalecimiento del propio aparato estatal por encima de ellas.

¿Cómo se dio la relación entre este Estado, encabezado por el Grupo Sonora, y las bases que lo sustentaban y que hicieron posible su ascenso?  
¿Cuáles son las clases sociales que de una u otra manera participan en

estos cuatro años de consolidación del México moderno? ¿Cuál es el papel específico de la clase obrera en dicha consolidación?

¿Cómo se organiza?, ¿cómo *se le* organiza?, ¿cómo se le encara y finalmente se le subordina al proyecto del nuevo Estado? En otras palabras: ¿qué es la clase obrera al iniciarse el Estado de la revolución?, ¿cómo crece al amparo del mismo y cómo poco a poco va constituyéndose en apéndice de su proyecto?

Es en torno de estas cuestiones fundamentales que giran los siete capítulos de la obra de Jaime Tamayo, mismos que se presentan en el orden siguiente: I. El obregonismo y la modernización del Estado mexicano, II. La CROM. El sindicalismo de la acción múltiple, III. La CGT. El anarco-sindicalismo y la acción directa, IV. La CNGT. El sindicalismo, confesional, V. La clase obrera industrial y el movimiento sindical, 1920-1924, VI. Las organizaciones regionales y los caudillos populares, y finalmente, VII. La rebelión delahuertista y el movimiento obrero. Antes de detenerse en cada uno de ellos, es preciso señalar la importancia de las aportaciones teóricas de la obra que se refieren básicamente a la función histórica desempeñada por el Estado y que son consideradas desde la introducción:

es necesario reconsiderar el papel del Estado en tanto que referente obligado para todo movimiento social: ya sea que éste actúe como interlocutor o como expresión contestataria de un sector social, siempre estará presente una u otra forma de relación con el Estado, y en una u otra medida, por decisión propia o por la violencia del Estado, los movimientos sociales establecen límites a su acción frente a aquél. Esto es particularmente válido en referencia a la clase obrera y al movimiento obrero en el período de 1920-1924 (pp. 11-12).

La función histórica desempeñada por el Estado va corroborándose a lo largo de los diversos capítulos para reiterarse en las conclusiones:

Las movilizaciones obreras y campesinas y de sectores medios urbanos así como las respuestas de los sectores afectados de la clase dominante, terratenientes, empresarios y casatenientes, fueron delimitando los espacios de las reformas que podría permitir, impulsar o contraer el propio Estado; igualmente determinaron el margen del mismo en los diferentes campos de la vida social y económica y en las diversas regiones del país (p. 289).

En un principio, la estructura de la obra permite conocer de manera general el proyecto obregonista de modernización, proyecto dominado por la tendencia a hacer del Estado un árbitro de la lucha entre las clases sociales, utilizando para ello una política conciliatoria. Esta posición, en tanto que colocaba al Estado por encima de las clases volviéndolo, en cierto modo, necesario para la convivencia de las mismas, reanudó en un claro fortalecimiento de aquél. ¿Cuál fue la estrategia utilizada para alcanzar esta posición? La alianza de clases, evidentemente establecida con

aquellas que habían hecho posible el arribo al poder. Así, es particularmente significativo el pacto firmado por Obregón, candidato a la presidencia, con la naciente CROM; el populismo fue el instrumento del obregonismo para conservar y fortalecer esa alianza de clases y constituyó un factor determinante para las conquistas obreras y campesinas.

De 1920 a 1924, la alianza del obregonismo con la clase trabajadora no es una alianza velada: se pone de manifiesto en el fortalecimiento de las organizaciones partidarias de establecer alianzas con el Estado y también en el hecho de que organizaciones de corte antiestatalista fueron, si no favorecidas, sí toleradas, aun cuando evidentemente no en sus ataques directos al Estado.

Después de asentar la función preponderante de las clases populares en el proyecto obregonista, Jaime Tamayo presenta el origen, la estructura, organización y composición de las tres grandes centrales obreras de la época: Confederación General de Trabajadores, Confederación Regional Obrera Mexicana y Confederación Nacional Católica del Trabajo, así como los vínculos reales de las mismas con el Estado y con la propia clase que decían representar. De esta manera encontramos una central evidentemente mayoritaria, la CROM, que crece bajo los auspicios del Estado y que alcanza gran fuerza como ninguna ("el que a buen árbol se arrima...") pero que precisamente por sus vínculos tan estrechos con el Estado y además por la constitución de sus cuadros dirigentes en una élite verdaderamente inaccesible para la base se fue poco a poco convirtiendo en un cancerbero a las puertas del Estado, sobre todo al ir cobrando fuerza dentro de éste, corrientes distintas de la obregonista, concretamente el callismo. La postura de esta central, a favor de la acción múltiple, postura por lo demás sumamente pragmática, era una lucha constante por cooperar bajo su dirección a toda organización obrera que surgiese en el país, de suerte que la CROM fue el mejor instrumento con que pudo contar el Estado, primero bajo Obregón y, posteriormente bajo Calles, para corporativizar el movimiento obrero.

Frente a la acción múltiple enarbolada por la CROM, y constituida por grupos anarcosindicalistas que no habían querido adherirse a aquélla, surge la Confederación General de Trabajadores, en la que el ala radical del sector obrero reivindica la acción directa: la lucha de clase contra clase sin intermediación alguna del Estado. En un principio, se debatieron en el seno de la CGT grupos anarquistas y comunistas, los cuales, dado que el propio avance histórico en el nivel internacional todavía no deslindaba definitivamente ambas corrientes, coexistieron durante una primera etapa constitutiva. Sin embargo, apenas se pusieron en práctica los planteamientos de la central radical surgieron las dificultades.

Finalmente, los comunistas fueron desvinculados de la dirección de la CGT acusados de sostener relaciones con el Estado; sin embargo, su influencia sobre la clase obrera persistió débilmente durante los años obregonistas.

Aun cuando en ocasiones la CGT y la CROM lucharon unidas, hubo una tercera confederación, la Nacional Católica del Trabajo (CNCT) que se constituyó expresamente para contrarrestar a ambas, especialmente a la primera, por su carácter radical. La CNCT, en gran medida, era un instrumento de la Iglesia y de los capitalistas para, por medio de la manipulación religiosa, limitar al movimiento obrero organizado; así, bajo la máscara de “obreros libres”, encubrió y propició el esquirolaje.

La CNCT formaba parte de un proyecto en el nivel latinoamericano de la Iglesia católica, el cual, habiendo surgido en el estado de Jalisco —donde evidentemente contó con gran número de adeptos— intentó más tarde constituirse en una organización nacional con miras a extenderse por el área latinoamericana. Este organismo, a pesar de la gran fuerza que llegó a alcanzar en su momento, era incapaz de representar a la clase trabajadora, ya que en principio no fue jamás realmente abanderado de las clases obreras, sino por el contrario defendió con todas las armas que tenía a su alcance, especialmente desde el púlpito, al capitalista, utilizando para ello la prédica de la resignación y la no violencia, negando rotundamente a los trabajadores incluso sus derechos más elementales, como el de huelga, de donde la negación de su propio carácter y su imposibilidad natural de ser una organización de la clase proletaria y especialmente de constituir sindicatos o asociaciones obreras, tal como lo dice el autor: “la organización clerical, imposibilitada por su propio pecado original, no pudo competir con el sindicalismo revolucionario para ofrecer a la clase la satisfacción de sus necesidades más sentidas y sus intereses más profundos” (p. 193). Tanto la CGT como la CNCT desaparecerían muy pronto del panorama obrero en México a pesar de la fuerza que llegaron a tener, principalmente, si seguimos la hipótesis del autor en el caso de la primera, porque su intransigente postura frente al Estado la precipitó a una situación insoluble frente a la ortodoxia del pragmatismo, y, en el caso de la segunda, porque su actitud de franca provocación la condujo a un enfrentamiento ruinoso, cuyo cenit fue la cristiada, con un enemigo cuyas armas, la estrategia militar, la violencia, pero también el populismo, resultaron ser finalmente cuantitativa y cualitativamente superiores.

En un capítulo especial trata la cuestión del proletariado industrial, por aquel entonces en proceso de formación, aunque ya caracterizado por su combatividad y capacidad organizativa. El análisis se realiza considerando, para la década de los veinte, como actividades industriales la “industria del petróleo, industria extractiva, de transformación, construcción, generación y distribución de energía eléctrica” (p. 198). Las ramas industriales destacadas en el capítulo son: textil, minera, petrolera y eléctrica; además, se incluye a los trabajadores ferrocarrileros, ya que, si bien no forman parte del proletariado industrial propiamente dicho, son “uno de los sectores más combativos de la clase obrera mexicana, teniendo una larga trayectoria de lucha que arranca desde el porfiriato” (p. 236).

Por lo que respecta a las relaciones entre el Estado mexicano y las

organizaciones obreras de las ramas anteriores, el autor destaca que, dada la capacidad de acción de las mismas, el Estado se dedicó a corporativizarlas, proceso que culminó durante el régimen de Calles.

Uno de los aspectos que resalta por su importancia es el de los estudios en el nivel regional, que viene a romper con la enquistada práctica de hacer de la historia del centro del país la historia nacional. De esta manera, una buena parte de la obra está dedicada a la situación del movimiento obrero en las regiones donde su actuación fue particularmente relevante, tomando en cuenta los casos de Jalisco, Veracruz, Tabasco y Yucatán, que difieren notoriamente entre sí, debido a fuertes caudillismos regionales y, por consiguiente, a situaciones de alianza o choque de la clase obrera con el poder estatal que, igualmente, van contribuyendo a la demarcación de las líneas de acción, tanto de las clases sociales, como del Estado y que, asimismo, forman parte del proceso de consolidación del Estado mexicano moderno en cuanto afirmaciones de la todavía existente soberanía de las localidades frente a un proyecto centralizador, ante el cual poco a poco irían sucumbiendo.

El último capítulo de la obra analiza la participación de la clase obrera durante el más fuerte cuestionamiento de que fue objeto el proyecto del Estado moderno que intentaba considerar el obregonismo: la rebelión delahuertista. Dicho cuestionamiento, surgido en el interior del propio grupo en el poder, en un intento por hacer retroceder al populismo y, en consecuencia, echar abajo los logros de obreros y campesinos.

Para 1924, el llamado "Grupo Sonora" dejó de cumplir su función como tal y en su seno se gestaba la rebelión delahuertista, sustentada principalmente en elementos del ejército, lo que motivó la movilización de grandes contingentes obreros en defensa del Estado, defensa que también lo era de las conquistas difícilmente alcanzadas y que ahora se apoyaban en el populismo.

Si bien es cierto que la llamada "rebelión sin cabeza" puso de manifiesto las resquebrajaduras en el interior del aparato estatal, también es cierto que constituyó una muestra viva de la alianza entre el Estado populista y el proletariado mexicano, así como de la fuerza y capacidad organizativa que tenía la clase obrera mexicana en aquel tiempo.

Existían fuertes contradicciones que trascendían más allá del gabinete presidencial: la evidente alianza de Adolfo de la Huerta con grupos retardatarios, el también evidente apoyo de Obregón a Calles y las grandes diferencias entre el caudillo y su secretario de Gobernación; estas últimas discrepancias se refieren a las concepciones que cada uno tenía en torno a lo que debía ser el Estado mexicano.

El pragmatismo de la CROM muy pronto obtuvo la alianza con Calles, posición que le permitiría, en lo sucesivo, golpear a sus adversarios y conservar la hegemonía entre la clase obrera, pero que también le haría poblar cada vez más la cerviz a medida que el Estado avanzaba en su consolidación.

Conocer la historia de la clase obrera, particularmente en un período en que se caracterizó por su combatividad, es fundamental si se quiere comprender su función en la constitución del México que vivimos.

El proceso de corporativización de la clase obrera, iniciado entre 1920 y 1924, fue llevado, durante las décadas siguientes, a extremos tales que parecía un gigante anquilosado.

Recientemente el grupo en el poder ha tomado una serie de medidas con miras a dismantelar el Estado de masas que parece ya no resultar de su conveniencia. El populismo, base de la propia corporativización, ha ido reculando día con día y con ello el avance de las conquistas obreras se torna cada vez más lento.

Indagar en el pasado nos permite vislumbrar nuevas expectativas y quizás, ¿o por qué no?, nuevos y mejores mecanismos de lucha.

*Elisa Cárdenas Ayala*